

tar en este período era necesario que yo viviera setenta años, y entonces los acontecimientos del reinado de Jorge IV serían para mí tan claros como hoy me son los de la guerra de América y la coalición.

Me parece muy inseguro que continúe residiendo en Londres. Me hago muchas veces la ilusión de que tengo cariño á este pueblo, pero, en realidad, yo amo personas que había en él y que han desaparecido. Mi familia se ha desparramado y no tengo negocio parlamentario ú oficial alguno que me obligue á residir en la capital; mientras que, por el contrario, la ocupación á que me propongo consagrarme es casi incompatible con las distracciones de la vida de ciudad. Estoy disgustado de la monótona sucesión de los partidos y deseo con vehemencia quietud y retiro. Abandonar la política por las letras es, creo yo, una determinación prudente. Desistir de ser un miembro del Parlamento tan sólo por hacerse un vago sería despreciable, y acaso no me fuera fácil evitarlo si residiera allí.

Siempre suyo,

T. B. M.

Londres: Septiembre 15, 1838.

Querido Ellis: El lunes saldré para Liverpool por el ferrocarril que correrá ya en toda la extensión de la línea, y pienso permanecer allí una semana próximamente. El principal objeto de mi visita es ver mi sobrinito: el hijo de mi hermana Margarita. No es visita de placer aunque haya de oír todo género de alabanzas é ilusiones concebidas acerca del ta-

lento y carácter del muchacho (1). A la verdad, me cuesta un gran esfuerzo ir, pero no quiero hablar más de este asunto porque no puedo dominarme cuando trato de él.

Empson vino á Londres ayer por la noche con su señora, muy bella y contenta. Conoce usted aquella verdad proverbial de que las mujeres jamás toleran intimidad entre sus maridos y los antiguos amigos de estos, excepto en dos casos: el uno, cuando estos amigos eran, antes del matrimonio, amigos de ambos, mujer y marido; el otro, cuando la amistad es posterior al matrimonio. Tengo esperanza de conservar la amistad de Empson por la primera razón, y la de usted por la segunda.

Empson trae noticias tristes del pobre Napier; toda clase de inquietudes y trastornos le afligen y prurumpe en terribles quejas que son la causa más grave de alarma para sus amigos; y como si esto no fuera bastante, Brougham le persigue con la malignidad más grande. No hago sino pensar cómo es posible que la naturaleza humana en un hombre civilizado y bien educado—hombre, además, de gran inteligencia—lleve á hacerse tan depravada. Escribe á Napier en el lenguaje del odio más salvaje y la más extravagante jactancia, diciéndole que los ministros, hasta ahora, no han sentido más que su dedo meñique, pero que desde hora en adelante les hará sentir toda su mano derecha y que no descansará hasta que lo consiga.

(1) Murió este muchacho en 1847, habiendo hecho concebir las más bellas ilusiones en vista de que poseía toda la notable aptitud y finura de carácter compatibles con su edad de trece años. «Siento mucho esta desgracia, escribió Maucalay; pensaba haber dejado mi librería á tan querido muchacho, sin sospechar que yo había de llorarle siempre.»

Respecto de mí, dice que ya lloraré mi castigo en no acudir á él. Pero contra Empson es contra quien está más furioso. Dice que en vista de su nuevo matrimonio (1) quiere hacer principal objeto de su vida el impedir á Jeffrey que llegue á ser lord-presidente del Tribunal de Magistrados. Piensa también que pudiera haber alguna idea de hacer á Empson editor de la Revista, y dice que si tal sucede, abandonará todos los demás asuntos para ocuparse exclusivamente de arruinarla, empresa en la que está dispuesto á gastar hasta su último medio chelín, porque quiere hacer de su venganza de Empson la ocupación de los años que le resten de vida. En fin, Empson dice, que jamás se ha escrito nada tan endiablado en el mundo. Por mi parte, sin desear que Brougham esté colérico, me gusta más verle en este camino, porque en él es menos temible que en su estado ordinario.

He enviado á Napier el jueves un largo artículo sobre el Temple; es ligero, pero me sorprenderá que no lo acepte.

Hayter me ha retratado para su cuadro del Palacio de los Comunes. No puedo juzgar de su ejecución, y solamente digo como Carlos II en ocasión semejante: «Si el retrato se me parece, soy bastante feo.»

Siempre suyo,

T. B. M.

A mediados de Octubre Macaulay partió para una excursión por Italia. En la mitad de su vida y plenitud de inteligencia, con la fantasía todavía fresca y una hermosa salud, es dudoso si algún otro viajero ha

---

(1) Mr. Empson se había casado con la hija de lord Jeffrey.

ido allá con más vehementes esperanzas de goce desde que Winckelmann cruzó por primera vez los Alpes. Su diario, del cual se dan algunos extractos en el curso de este capítulo, muestra el interés con que contemplaba las escenas que le rodeaban. Observaba las obras tanto del hombre como de la naturaleza con los ojos de un historiador y no de un artista. Los principales rasgos del carácter de una comarca se imprimían rápida é indeleblemente en sus observaciones, á la vez que las relaciones y tradiciones de aquel país se presentan juntas en su memoria, viniéndosele casi involuntariamente á los labios cualquier verso de algún buen poeta, con su fama ó su belleza. Pero comparado con la riqueza de frases que emplea en la descripción de las pasiones, catástrofes é intrigas humanas, su caudal de epítetos aplicados á las montañas, mares y nubes, es notablemente pobre y no se preocupa de aumentarlo. Cuando ha recordado que las hojas son verdes, el cielo azul, ricas y extensas las llanuras y las colinas y montañas están cubiertas de bosques, ha dicho todo lo que tenía que decir sobre aquel asunto y concluye. No tiene gusto ni poder para rivalizar con aquellos novelistas que poseen más colores en su vocabulario que tuvo jamás Turner en su paleta, y que gastan para escribir una sencilla postura de sol, más tinta que consumió Richardson en pintar la muerte de sus villanos ó la ruina de sus heroínas. «He pensado siempre, dice lady Trevelyan, que vuestro tío es inimitable describiendo una ciudad, el lugar donde ocurrió un acontecimiento famoso, pero que no se preocupa del escenario como tal escenario. Goza del país que encuentra en su camino; sentado en una pradera viendo las flores y el verde que le rodea. En ocasiones, un paisaje le impresiona viva-

mente, como el de Susa yendo al Mont-Cenis; pero dudo si le es más grato á su vista cualquiera de estos puntos que su propio y querido Hally Lodge ó el jardín de Mr. Thornton en Battersea Rise. Cuando está uno evocando las delicias de una excursión por las colinas de Surrey ó por los caminos más escondidos entre los lagos ingleses, se le ocurre preguntar: «¿Qué ha ido usted á ver allí?» Sin embargo, se apodera fácilmente de los rasgos característicos de un país, y yo recuerdo haberme conmovido profundamente con la descripción de la comarca antes de haber visto la Roma que da en su *Horacio*. Cuando he recordado su descripción sobre el país mismo muchos años después, estoy seguro de haber reconocido en el camino el verdadero lugar que le inspiró las líneas siguientes:

Desde donde Cortona eleva á los cielos  
Su diadema de torres;

y lo mismo á través de los «cañaverales de Trasimeno» y de todas las otras localidades del poema.»

*Chalons-sur-Saône. Martes, 23 de Octubre, de 1838.*—El camino desde Autun es, aunque del mismo género, más bello que ningún otro de los que he visto en Francia; realmente en el estilo de otros muchos con excepción casi de la subida á la meseta de Veilgherries. He marchado unas dos millas próximamente por un camino tortuoso que corría al lado de un arroyo murmurador y por entre colinas cubiertas de bosque. El paisaje estaba adornado con los ricos tonos de Octubre y bajo un sol semejante al de Inglaterra en Junio. La tierra era la tierra del otoño, pero el cielo el del verano. El follaje—verde obscuro, verde claro, púrpura, rojo y amarillo—visto al sol poniente, producía el efecto del plumaje de un ave oriental de co-

lores brillantes; recorrí este camino sumamente encantado. Para gozar de estas escenas es necesario hacer correrías á través del país y dejando mezclarse la emoción que produce con otros pensamientos; suspender la lectura de cuando en cuando para mirar alrededor de uno, y no ir á él como se va á una feria á ver dar de comer á los leones. La belleza no es para encararse con ella sino para vivirla. Así como no me producen placer los libros que gastan muchas páginas en hablar por la centésima vez de las grandes producciones que yo casi no conozco más que de oídas y exactamente lo mismo sucede con el paisaje.

*Lyon, jueves 25 de Octubre.*—Mi cumpleaños, treinta y ocho. Pienso en Job, Swift y Antonio. Me visto y voy hacia el vapor. Fué delicioso para mí el espectáculo por primera vez, del Ródano azulado, despeñándose lleno de vida. Pensaba, paseando á lo largo del muelle, en el amor y veneración que producen los ríos en los hombres que viven en sus orillas, el Ganges en los indos, sobre los hebreos el Jordán, en los egipcios el Nilo, sobre los romanos.

*Cuique fuit verum promissa potentia Tibrin:*

y en los germanos el Rhin. ¿Es que los ríos tienen en mayor grado acaso que ningún otro objeto inanimado, la apariencia de la animación y de la vida y que poseen algún carácter común con el de sus moradores? Son unas veces los ríos lentos y tenebrosos, otras fieros y llenos de ímpetu, y en ocasiones, claros, bailadores y casi locuaces. El amor de los franceses por el Ródano se puede explicar en virtud de una simpatía natural; porque es un río vehemente y rápido; parece jovial, lleno de espíritu y aun de petulancia. Pero todo esto es fantasía.»

26 de Octubre.—A bordo del vapor para Avignon. Vista de la famosa unión de los dos ríos y recuerdo del símil de lord Chatham (1). Esta expresión «lánguido, aunque no profundo», difícilmente se puede aplicar al Saona, aunque pueda serlo con exactitud al duque de Newcastle. Ibamos abajo por un precio razonable. El día, que había sido obscuro y nebuloso, se volvió excepcionalmente bello. Después que hubimos pasado Valence el paisaje se hizo agreste, las colinas desnudas y pedregosas como las de las márgenes del Lethe en Cumberland, y las montañas del Delfinado á lo lejos me recordaban el perfil de Ceilán tal como lo había yo visto desde el mar; también se percibían á lo lejos algunos picos blancos que yo imaginaba que pertenecían á los Alpes. Trabé conversación á bordo con un caballero francés á quien encontré inteligente y cortés. Hablamos de los caminos y obras públicas de su país y me cumplimentó por mi conocimiento de la historia y geografía francesa. «¡Ah, monsieur, vous avez beaucoup approfondi ces choses-là.» Caía la tarde cuando llegamos al puente del Espíritu Santo, obra famosa de los frailes, que no tiene pretensiones ornamentales, ni tampoco las necesita.»

28 de Octubre.—Amanecía cuando nos apeamos en Marsella. Era domingo, y la ciudad me pareció muy alegre. Yo miraba alrededor buscando las iglesias, pero durante largo rato no vi ninguna; por fin oí unas campanas, y marchando guiado por su sonido,

(1) Una parte de este célebre discurso permanece inédita. Es el símil de la coalición de Fox y Newcastle con la unión del Ródano y el Saona. En Lyon, dice Pitt, fui á ver el lugar donde se unen los dos ríos; el uno gentil, débil, lánguido, pero aunque lento, no profundo; el otro un torrente violento é impetuoso. Pero no obstante su gran diferencia, al fin se unen. —Macaulay: *Ensayo sobre Chatham*.

llegué á una capilla, miserable tanto por dentro como por fuera, pero atestada de gente como la iglesia de Simeón acostumbra estarlo en Cambridge. La misa estaba próxima á concluirse y me quedé hasta el fin, admirado de cómo tantas personas razonables podían congregarse para ver á un hombre arrodillarse y hacer reverencias, beber, arrodillarse de nuevo, limpiar una copa, doblar una servilleta, extender los brazos y hacer signos con las manos y oír un murmullo monótono que no pueden entender, interrumpido de cuando en cuando por el retintín de una campana. Un elegante vapor sale mañana para Liorna. Me preparo para la partida cerrando este tosco volumen que abriré ya en Toscana.

Miércoles 31 de Octubre.—Ha sido este uno de los días más notables de mi vida. Después de haber sufrido una detención de una hora sobre cubierta, de esas inútiles precauciones habituales en estos pequeños gobiernos absolutos, para que fuesen contados los pasajeros, de otra hora en una habitación asquerosa mientras un agente de policía escribía todos nuestros nombres, y por último, de otra tercera hora en otro antro ahumado, en tanto que un empleado de aduanas abría las cajas de las navajas de afeitarme para cerciorarse de que no ocultaban contrabando y daba vueltas á los diccionarios con objeto de asegurarse de que no contenían blasfemias, me lancé á la playa, y á las siete de la mañana estaba en las calles de Génova. Jamás he tenido sorpresa y encantos mayores. Allí no hay nada pequeño ó miserable que rompa el encanto, porque á un vasto palacio, macizo y flanqueado de torres sucede otro, aunque es verdad que ninguno de aquellos grandes edificios es una buena obra arquitectónica, pero el efecto general es ma-

jestuoso por encima de toda descripción. Cuando el rey de Cerdeña se hizo soberano de Génova, compró la casa de la familia Durazzo y se estableció en ella alojándose como un gran príncipe necesita estarlo. Que haya una ciudad donde un rey no tiene sino ir al mercado para comprar un Luxemburgo ó un St. James. Después de los palacios ó más bien tanto como ellos, son de admirar las iglesias. Por fuera son pobres y malas, pero por dentro deslumbran y me agradaron más de lo que yo puedo expresar; aquello fué el despertar de un nuevo sentido, el descubrimiento de un placer no sospechado. Todas mis nociones de interiores clásicos estaban tomadas de las frías, blancas y desnudas paredes de San Pablo ó Santa Genoveva; pero la primer puerta de iglesia que se abrió para mí en Génova me llevó á otro mundo. Una brillante armonía llena todo el conjunto desde la larga arcada corintia de la entrada hasta el altar. En ellas me he pasado el día gratamente excitado y en una verdadera delicia.

Con esto, casi la única frase altisonante que ha escrito jamás, concluye Macaulay la relación de su primera visita á la reina del mar Tirreno. Al final de sus días, cuando comparaba, como le gustaba hacerlo, los derechos de las ciudades europeas al premio de la belleza, colocaba á la cabeza de la lista los nombres de Oxford, Edimburgo y Génova.

*2 de Noviembre.*—Tendré siempre un recuerdo interesante de Pisa. Es agradable ver que todos los monumentos de la grandeza de Pisa yacen juntos en una plaza que no se parece en nada al cercado de una catedral inglesa rodeada de verde césped, hallándose en el más perfecto estado de conservación, con señales evidentes de ser objetos de admiración y de orgu-

llo de toda la población. Pisa hace el efecto sobre mi inteligencia de una gran prisión; y esto procede, en parte, de sus infortunios, y en parte, creo yo, de que mis primeras noticias acerca de las repúblicas italianas derivan de Sismondi, que leí estando todavía en la escuela, y Sismondi, que era ó se imaginaba ser de ascendencia pisana, empleaba los mayores esfuerzos en dar el más vivo interés á la patria de sus antepasados. Amo á Pisa también por haber sido gibelina, porque después de los tiempos de Federico Barbarroja, mis preferencias, si es dado tener algunas en cuestión tan desgraciada, son todas gibelinas.

«Al aproximarme á Florencia aclaró el día y el país que veía, sin ser de una gran belleza, era muy apacible. La vista de los olivares me interesaba mucho. Observé que me volvía decidior en el país de los olivos, desde que anduve errante por las márgenes del Ródano de Lyon á Avignon, pero esta influencia, por lo que luego vi, podía ser también de los sauces ó de los fresnos. Los olivos, cargados de frutos, cubrían bastantes millas á lo largo del camino. Los veía con la misma especie de admiración con que cuenta Washington Irving que oía al ruiseñor la primera vez que vino á Inglaterra, después de haber leído descripciones de él, de su canto en los poetas desde su niñez. Me acordaba de los hebreos y sus numerosas imágenes tomadas del olivo; de la veneración en que este árbol era tenido por los atenienses; de la arenga de Lisia; de la bella oda en el Aedipo á Colono; de Virgilio y Lorenzo de Médicis. ¡Seguramente es mejor viajar en edad madura, cuando lleva uno todas estas cosas en la fantasía y los oídos, que lanzarse al continente siendo todavía un muchacho!»

*Florencia, 3 de Noviembre.*—De pie antes de las